

Amor vs Odio

Byron Batz, Ph.D.

© 2026 Byron Batz. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este texto, su distribución, almacenamiento o transmisión por cualquier medio, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Amor vs Odio

Durante el espectáculo de medio tiempo del Super Bowl LX, una simple frase cruzó la pantalla de mi televisor: “Lo único más poderoso que el odio es el amor.”

Bien contra el mal.

Luz contra oscuridad.

Durante unas pocas décadas he sostenido una tenue convicción: que el amor y el odio, así como el bien y el mal, no son opuestos, sino gemelos, dos corrientes extraídas de la misma fuente inmensa. Llámala el universo, el infinito o Dios. Ambas emociones irrumpen con igual fuerza; ambas revelan cuán profundamente algo ha tocado el alma.

Cuando leí aquella frase en la pantalla, sentí que mi vieja creencia se agitaba, como si algo le pidió volver a salir a la luz.

Me hizo preguntarme si el amor y el odio no son simplemente fuerzas iguales, sino direcciones distintas de la misma energía: una que se contrae, otra que se expande; una que cierra el corazón, otra que lo abre. Quizás el amor no es más fuerte porque abruma al odio, sino porque transforma la misma energía de la que el odio está hecho. El odio quema; el amor ilumina. El odio consume; el amor crea.

Ver ese mensaje me recordó que incluso las creencias más antiguas merecen ser revisitadas. No para ser descartadas, sino para ser refinadas, como una verdad que revela una capa más profunda cada vez que nos atrevemos a mirarla de nuevo.

Por naturaleza, soy una persona que desafía sus propias creencias de vez en cuando, y disfruto encender mis neuronas para restablecer la creencia una vez más, revisarla o cambiar completamente de opinión.

Con los años, a medida que la experiencia se ha acumulado como sedimento en el lecho de un río, he visto cómo mi comprensión del mundo se desplaza y se refracta. Cada nueva lección, cada momento de certeza o confusión, ha añadido otro lente al prisma a través del cual veo la vida. Con más conocimiento, más sabiduría y más momentos vividos, mi visión del universo, y de mí mismo, ha cambiado. No de manera abrupta, sino como el amanecer cambia un paisaje: gradualmente, inevitablemente, revelando contornos que antes no había notado.

Sé que algunos podrían no estar de acuerdo con la dirección de la evolución de mi pensamiento. Algunos incluso podrían llamarla involución. Pero para mí, estos cambios se sienten como una mejora, no porque me hagan más seguro, sino porque me hacen más consciente. Más atento a la complejidad. Más dispuesto a revisar lo que antes consideraba fijo. El crecimiento, al fin y al cabo, no consiste en reemplazar creencias antiguas por nuevas, sino en permitir que se profundicen, se expandan y, a veces, se transformen.

Volviendo a aquella frase, “Lo único más poderoso que el odio es el amor”, descubro que mi creencia central permanece intacta. Sigo viendo el amor y el odio como surgidos de la misma fuente primordial, del mismo pozo infinito del que brotan todas las emociones humanas profundas. Eso no ha cambiado, y quizás nunca cambie.

Lo que sí ha cambiado es más sutil: ahora acepto que el amor posee un poder mayor. No un dominio abrumador o cósmico, sino una diferencia tan leve que casi escapa a la medición, más fuerte por un factor de diez a la menos nueve. Un susurro de ventaja. Una inclinación en la balanza tan delicada que solo el infinito podría revelar.

Y sin embargo, incluso ese margen infinitesimal importa. Porque cuando dos fuerzas comparten el mismo origen y la misma intensidad, la más mínima desviación se vuelve decisiva. Una milmillonésima de grado basta para cambiar la trayectoria de los mundos, del universo y de la existencia.

Así que sí, el amor es más poderoso.

Apenas.

Silenciosamente.

Pero suficiente.

Ya sea que recurra a las Escrituras o a la ciencia, al Génesis o a la cosmología, hay al menos un punto en el que ambas tradiciones convergen silenciosamente: al principio, había oscuridad. No como un juicio moral, no como un defecto, sino como el primer lienzo, una extensión sin luz esperando la posibilidad de la claridad.

La Nueva Versión Internacional de la Biblia abre su relato con una secuencia sobria y elegante: creación, vacío, oscuridad, y luego la primera declaración divina: “Que haya luz.” Y la luz apareció. Dios la llamó buena. Fue separada. En ese momento primordial, la

luz no solo llegó; prevaleció. Estableció la primera distinción, el primer orden, la primera victoria.

La luz era buena.

Y ganó.

Pero su victoria no fue la aniquilación de la oscuridad. La oscuridad permaneció, no como un enemigo derrotado, sino como un contrapunto, algo de lo cual separarse, no destruir. El texto afirma que la oscuridad era simplemente la condición original antes de la iluminación.

En ese sentido, el triunfo de la luz no es una conquista, sino una transformación. La luz revela. La luz hace posible el significado. La luz permite que el universo sea visto, nombrado, comprendido.

Y quizás esa sea la misma ventaja sutil que ahora concedemos al amor sobre el odio. No un dominio abrumador, no un desequilibrio cósmico, sino un resplandor silencioso y decisivo, como el primer fotón rompiendo el vacío.

El amor, como la luz, no borra a su contraparte. Simplemente crea un mundo en el que la comprensión, la creación, la bondad y la conexión quedan iluminadas.

Los físicos describen el comienzo no como luz, ni materia, ni nada que pudiéramos nombrar, sino como un solo punto, un todo comprimido en ninguna parte. Sin espacio. Sin tiempo. Sin antes ni después. Solo una densidad tan absoluta que desafía la imaginación. Y luego, en un instante, el universo irrumpió en el ser. El Big Bang no fue una explosión en el espacio; fue el nacimiento del espacio mismo.

Desde ese primer momento, surgió la materia, y también su espejo: la antimateria. Igual en magnitud, opuesta en naturaleza. Y de inmediato chocaron. Se aniquilaron mutuamente en una simetría perfecta de creación y destrucción. Un duelo cósmico. Una tensión primordial.

Es tentador, hermosamente tentador, ver en ese instante el primer eco de la condición humana: amor y odio surgiendo de la misma fuente, encontrándose con igual fuerza, cada uno tratando de deshacer al otro. Bien y mal en su antigua lucha.

Pero la física nos dice algo revelador: la materia sobrevivió por el margen más pequeño imaginable. Por cada mil millones de partículas de antimateria, había mil millones y una partículas de materia. Una diferencia de diez a la menos nueve. Un error de redondeo

cósmico. Y sin embargo, ese desequilibrio infinitesimal es la razón por la que existe todo: estrellas, planetas, lunas, conciencia, nosotros.

La materia fue buena para la existencia.

Y ganó.

No por fuerza abrumadora, sino por la más leve inclinación en la balanza. Un nivel atómico de energía asimétrica que cambió el destino de todo lo que alguna vez sería.

Y quizás esa sea la misma verdad que ahora concedemos al amor. No que el odio sea débil, ni que el amor sea invencible, sino que el amor posee la ventaja más tenue y delicada, apenas suficiente para inclinar el universo hacia la creación en lugar de la aniquilación, hacia la conexión en lugar del colapso, hacia la generosidad en lugar de la mezquindad.

Un margen de una milmillonésima.

Pero suficiente para crear un universo.

Ahora, mi convicción de larga data, que el amor y el odio, el bien y el mal, son fuerzas de igual magnitud, ha sido sutil pero inconfundiblemente reformada. La simetría que antes imaginaba, el Yin y Yang perfectos en equilibrio impecable, se ha inclinado. No dramáticamente. No lo suficiente como para romper el círculo. Pero sí lo suficiente para revelar que incluso en las dualidades más elegantes, el equilibrio rara vez es absoluto.

Así que el balance permanece, pero ya no es igual. La balanza se inclina, aunque suavemente, hacia la creación en lugar de la destrucción, hacia la compasión en lugar de la crueldad, hacia el amor en lugar del odio.

Una diferencia infinitesimal.

Pero suficiente.

Me atrevo a decir que la única razón por la que el mal y el odio a veces parecen más fuertes que el bien y el amor, tanto en nuestro mundo actual como en ciertas épocas del pasado, no es porque posean mayor fuerza, sino porque quienes ejercen el mayor poder están, muchas veces, impulsados por impulsos más oscuros. Cuando una sola persona con una influencia inmensa actúa desde el odio o la crueldad, la onda que crea puede sentirse como un maremoto. Su impacto se amplifica por el alcance de su autoridad, no por la fuerza inherente de la emoción.

Pero eso no significa que el odio sea más fuerte. Solo significa que es más ruidoso cuando está en manos de los poderosos.

Para contrarrestarlo, las innumerables ondas más pequeñas del amor y la bondad deben continuar: fuerte, constante, incansablemente. Cada acto de compasión, cada gesto de amabilidad, cada negativa a reflejar el odio añade su propia ola al agua. Y aunque cada onda pueda parecer pequeña por sí sola, juntas pueden crecer hasta convertirse en algo lo suficientemente vasto como para ahogar incluso la mayor oleada de malicia.

Este es el trabajo del amor: no vencer al odio en un solo momento dramático, sino persistir hasta que la fuerza acumulada de muchos pequeños actos sea mayor que el ruido de los pocos que usan su poder destructivamente.

Al final, el océano pertenece a las ondas pequeñas.

Un mensaje para quienes están llenos de maldad y odio: desde el principio, el bien y el amor siempre han prevalecido. No mediante una fuerza abrumadora, no mediante el espectáculo, sino mediante el margen más pequeño imaginable, el mismo desequilibrio infinitesimal que permitió que la materia sobreviviera a la aniquilación de la antimateria.

Gracias a ese margen, estamos aquí. Gracias a ese margen, se formaron las estrellas, surgió la vida, despertó la conciencia. Gracias a ese margen, cada respiración de cada ser en este universo es un testimonio viviente del triunfo de la creación sobre la destrucción, del amor sobre el odio.

Y mientras quede un solo ser respirando, un corazón capaz de compasión, una mente capaz de elegir la conexión sobre la crueldad, esa victoria antigua continúa. Resuena hacia adelante. Sostiene al mundo.

El bien y el amor vencerán. No una vez, sino para siempre. No ruidosamente.

Sino inevitablemente.

Gracias a quien tuvo el valor y la claridad de colocar ese mensaje en la pantalla durante el espectáculo de medio tiempo del Super Bowl LX. Gracias por hacer eco de las palabras eternas del Dr. Martin Luther King Jr.: “El odio no puede expulsar al odio; solo el amor puede hacerlo.” Gracias por elegir amplificar esa verdad en un momento en que millones estaban mirando, cuando la atención del mundo estaba brevemente unificada.

Ese mensaje me llegó. Despertó una vieja creencia que había llevado conmigo durante décadas y me invitó a mirarla de nuevo a través del prisma de todo lo que he aprendido,

vivido y llegado a ser. Y al hacerlo, me ayudó a remodelar esa creencia en algo más refinado, más alineado con una de las inclinaciones más pequeñas del propio universo.

Gracias por recordarme que incluso una sola frase, ofrecida en el momento adecuado, puede encender células cerebrales que permanecieron dormidas e inalteradas durante décadas.

Gracias por esa chispa.

© 2026 Byron Batz. Todos los derechos reservados.